

tenido que suspender la acción de la justicia y que era necesario que la Convención tomara sus medidas, y sobre este tema cuya falsedad no repugnó á aquel fanático, estuvo declamando largo rato, y de paso denunciando á la pobre Lucila á la que acusó de estar repartiendo dinero para una sublevación en favor de su marido, cuando lo único que había de cierto es que se habían establecido inteligencias entre varios presos y patriotas para un movimiento popular, conspiración que denunció un traidor y que pagó Lucila con su hermosa y juvenil cabeza. En suma Saint-Just hizo votar á la Convención un decreto conforme al cual «todo procesado por conspiración que recibiera é insultara á la justicia nacional quedaba de hecho excluído de los debates.» Esta fué la arma que Saint-Just lanzó desde la tribuna de la Convención á Fouquier-Tinville para degollar á los dantonistas, Amar y Voulland corrieron á llevarse. Fouquier leyó el decreto y apenas terminó, Danton fuera de sí, pero cada vez más elocuente, apostrofó á Amar y á Voulland tan duramente, que la multitud principió á gritar, ¡traición! ¡traición! lo que hizo temer al tribunal por su propia seguridad apresurándose á levantar la audiencia.

Abrióse ésta al día siguiente,—5 de Abril,—á las nueve de la mañana.

El tribunal estaba resuelto. El temor de un movimiento popular se había desvanecido. La ocasión de estallar había pasado y los comités vigilaban. Así, Hermann, valiéndose del decreto que autorizaba á los jurados á cerrar los debates después de tres días de audiencia, declaró la causa vista.

En su vista Danton declaró que no quería disputar su vida á sus asesinos, su vida que sólo la quería para que fuera útil á su patria que tanto había amado, y volviéndose al pueblo, le dijo: «¡Pueblo, acuérdate de Danton!» Camilo que había escrito su defensa la extrujo febrilmente entre sus manos y habiendo hecho con ella una bola se la arrojó á la cabeza de sus jueces. Este papel recogido no se sabe por quién, fué á parar en manos de la madre infeliz de Lucila, que lo guardó como una sagrada reliquia de sus pobres hijos y para la posteridad y oprobio de Saint-Just.

En medio de estas protestas fueron lanzados del tribunal y contra lo prevenido por la ley se les condenó é hizo la sentencia sin estar ellos presentes.

Al mediodía estaban los quince condenados de este día en la plaza de la Revolución.

Herault de Sechelles fué el primero en subir á la

guillotina y como quisiera besar á Danton por despedida y el verdugo les separara: «Anda allá,—le dijo, el gran atleta de la revolución,—si no has de impedir que nuestras cabezas se besen en el cesto.» Camilo murió como un desesperado teniendo entre sus manos un rizo de los cabellos de Lucila, que debía morir como un hombre. «Esto es,—dijo al pié de la báscula,—una recompensa digna del primer apóstol de la libertad.»

Danton fué el último. Garat cuenta en sus Memorias que ya en lo alto del patíbulo fijó su vista largo rato en el cielo como queriendo adivinar los secretos de la otra vida, que él mismo se arrancó á su éxtasis, y volviéndose al verdugo, le dijo: «Vamos: y muestra mi cabeza al pueblo, que de ello vale la pena.» Y su cabeza cayó.

Veinticinco días después nuevas víctimas comparecían ante el tribunal. Ni una sola halló gracia.

Chaumette y el infeliz obispo de París, Gobel, el bravo general Beysser, uno de los defensores de Nantes, la viuda de Hebert y la viuda de Desmoullins formaron parte de estas nuevas *carretadas*.

Sobrado hemos hablado del hombre y del patriota para tener que recapitular sus hechos que hemos tenido que juzgar por sus consecuencias en el momento mismo de exponerlos. Pero no podemos cerrar este capítulo y lo que ha sido objeto del mismo, sin repetir el juicio que de su muerte hizo uno de sus verdaderos matadores, Billaud-Varenes, que vivió lo sobrado para poder reflexionar sobre sus actos.

«Si yo he tomado parte en su muerte,—decía,—lo hice movido de un odio espantoso. La desgracia de las revoluciones es que se hace necesario marchar muy á prisa. ¡Se obra en plena y violenta fiebre, bajo la presión del temor de ver abortar vuestras ideas!... ¡Danton y sus amigos eran patriotas invencibles en la tribuna y en la acción pública, y los asesinamos!»

«Danton estuvo admirable por su valor y sus recursos en los años 92 y 93; hizo el 10 de Agosto; no quiso el poder nominativamente... ¡Qué calma y actividad más poderosa la de este hombre en las circunstancias difíciles! ¡Qué espíritu más vasto! ¡Cuánta facilidad!»

«En fin, estoy convencido,—decía,—de que no hubiera sido posible el 18 de brumario,—cuyos beneficios, digámoslo en su honor, no aceptó Billaud,—si Danton, Robespierre y Camilo hubiesen permanecido unidos al pié de la tribuna.»



CAPITULO X

TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

Cómo se hizo la disciplina en el ejército.—Organizanse catorce ejércitos.—Plan de reorganización del ejército: Dubois-Crancé.—Solución que se da al conflicto entre Pichegru y Hoche.—Prisión de Hoche.—Cómo le salvó Carnot.—Carnot.—Carnot y Robespierre.—Organiza la victoria.—Cómo le auxilia la diplomacia francesa.—Sus trabajos en Suiza, Italia, Holanda, España, Turquía y Suecia.—Intervención de Inglaterra.—Proyectos de Francia contra Inglaterra.—Plan de Cranot.—Su crítica.—Las operaciones en el Norte.—Derrotas de los franceses.—Pérdida de Landrecies.—La política impide el avance del ejército.—Disidencia entre Charbonnier y Carnot.—Sus consecuencias: derrota de los franceses.—Souham y Moreau derrotan á Clerfayt.—Toman los franceses á Menin.—Nueva derrota de Clerfayt.—Batalla de Turcoing.—Francisco II derrota á Pichegru.—Thugut aconseja la evacuación de Bélgica.—Sus antecedentes: Rusia y Turquía.—Recelos de Prusia.—Conciertos entre Rusia y Austria.—Proyectos de Inglaterra: opónese Thugut.—Tratado de la Haya: lord Malmesbury y Prusia.—Política prusiana: Alvensleben.—Incertidumbres de los generales: el archiduque Carlos marcha á Viena.—Política de Rusia.—Intervención de Polonia.—Errores de Sievers.—Es destituido.—Miserable actitud del rey Estanislao.—Conspiración de Kapostas.—Kosciwko se pone al frente de la conspiración.—Entusiasmo del ejército polaco.—Apuros de Igelstroem.—Reducción del ejército polaco.—Decídese Kosciwko.—Avisa á Francia.—Levantamiento de Madalinski.—Kosciwko en Cracovia.—Triunfan los polacos en Raclawicz.—Levantamiento de Varsovia y Grodno.—Luchessini aconseja que se abandone la guerra de Francia por la de Polonia.—Vacilación del rey de Prusia.—Thugut pide explicaciones á Rusia.—Declárase pronta á abandonar la guerra de Francia y atacar á Prusia.—Resuelta actitud de los prusianos.—Marcha de Federico Guillermo á Cracovia.—Diplomacia de Kosciwko.—Francisco II abandona la guerra de Francia.—Resuélvase la evacuación de Bélgica.—El príncipe de Kaunitz derrota los franceses en la Sambre.—Derrota de los franceses en Charlevi.—Acude Jourdan.—Primera batalla de Fleurus: es rechazado Jourdan.—Saint-Just en el ejército.—Toma de Charleroi.—Segunda batalla de Fleurus: triunfo de los franceses.—Operaciones de Pichegru.—Reunión de Pichegru y Jourdan.—Operaciones navales.—Victoria de Inglaterra.—Insurrección de Santo Domingo.—La guerra con España.—Aranda continúa oponiéndose á la guerra.—Disgustos con Godoy.—Aranda procesado criminalmente.—Muerte de Ricardos.—La Unión en los Pirineos Orientales.—Entrada de los franceses en Guipúzcoa.



MIENTRAS la lucha de los partidos políticos destrozaba en el interior la república poniéndola á cada instante en peligro, la lucha con el exterior daba el triunfo á los republicanos, de modo que su seguridad y estabilidad le venía á la república por donde debía venirle la muerte.

La Convención hizo disciplina en el ejército de la misma manera que trató de hacerla entre las clases civiles por el terror. Ya hemos visto de qué ma-

nera trataba á los generales y esto sólo debía darnos la seguridad de que los *sans-culottes* de sus batallones habían de pasar por igual rasero aun cuando este no fuera «el rasero nacional,» como llamaba Hebert en su diario á la guillotina. Este rigor con todos, junto con la opinión unánime de todos los partidos en favor del ejército, opinión que como ya hemos dicho, era el lazo único de unión que unía á todos los republicanos, hizo que al abrirse la cam-

paña del año II, esto es, del año 1794, la república pudiera oponer á la coalición europea ejércitos bastante numerosos para una campaña decisiva.

Catorce ejércitos puso en pié de guerra la república al rededor de sus fronteras terrestres; y esto fué posible porque el Comité de salvación pública aplicando su riguroso sistema á la administración del ejército, logró, que mientras en 1793 consumiera un ejército de 300 á 400 millones, ahora un ejército doblemente numeroso costara solo 180 millones



HEBERT

nea. En estos, indudablemente, el espíritu militar era más elevado, más firme, pero este mismo espíritu y hasta su traje, pues llevaban la casaca blanca cuando los voluntarios llevaban la azul, establecía un dualismo en el ejército, que hasta en medio de un combate se hacía sentir. Dar, pues, unidad al ejército en espíritu, traje y organización, era no solo robustecerle, sino arrancar de raíz antiguas querencias. Además, muchos oficiales aristócratas que aún continuaban en las filas, las abandonarían por no verse confundidos con los voluntarios, y esos huecos servirían admirablemente para dotar á la revolución de una oficialidad adicta y entusiasta. ¡Había tantos sargentos que llevaban la faja de general dentro de sus mochilas sin saberse!

Reorganizado el ejército, era necesario reorganizar los mandos.

Ya hemos visto y dicho varias veces que el Comité de salvación pública no admitía sublevaciones

mensuales. Esto lo sabemos por Couthon y por Saint-Just. De modo, que elevándose el presupuesto de la guerra á 1.440 millones por año, resulta un contingente de un millón de hombres. Sin embargo, las estadísticas dan solo 720.000 hombres.

Dubois-Crancé que más que un miembro cualquiera del Comité de salvación pública había estado en medio de los ejércitos revolucionarios, hizo triunfar su plan de reorganización del ejército, basado en la disolución de los antiguos regimientos de lí-

ni contradicciones, y que aún las más justas era necesario que llegasen hasta él con muy buena y suave forma, y que por esta falta Jourdan fué separado del ejército del Norte. ¿Qué había, pues, de suceder con los jefes de los ejércitos de la Moselle y de Alsacia después de lo que había ocurrido entre Hoche y Pichegru y entre Hoche y Saint-Just?

Saint-Just de todos los miembros del comité era el más exaltado y el más implacable. Hoche le había ofendido negándose á darle explicaciones, y las simpatías que había inspirado á sus colegas Lacoste y Baudot, le parecían sospechosas, pero si contra estos nada podía alegar, contra Hoche tenía además de su altiva actitud sus comunicaciones llenas de reconvenciones y de quejas nada conformes con la disciplina rígida y severa que en todas partes quería imponer el Comité de salvación pública. Así le fué fácil convencer á éste de que lo que convenía era mandar al Norte á Pichegru y á Hoche en Italia

así se separaba á los dos rivales, dando de nuevo un mando á Jourdan á quien se confió el ejército de la Moselle, mientras el de las Ardenes iba á ser mandado por el general Michaud. Pero este plan tenía una parte secreta y era la prisión de Hoche llevada á cabo apenas llegó á su ejército de Italia,—

Marzo de 1794.—Dugommier, ya lo hemos dicho, se le envió contra Ricardos.

Hoche fué llevado á París, encerrado en las Carmelitas y luego á la Conserjería, y su impaciencia para ser juzgado le hubiera valido una visita al Tribunal Revolucionario si Carnot que estimaba su mé-



WIMPFEM

rito no hubiera puesto oídos de mercader á sus instancias, salvándole así de la guillotina.

Debemos ahora, en el momento en que van á entrar en campaña los catorce ejércitos organizados ó creados por Carnot, conocer á este hombre que por dos veces tuvo en su mano los destinos de Europa.

Carnot era hijo de un abogado de Nolay en donde nació en 1753. Desde luego mostró grande afición por las cosas militares, y se cuenta que estan-

do en Dijon un día, fué al teatro en donde se representaba un drama militar, interrumpió la representación con sus gritos, pidiendo que se modificara la posición de los cañones y de la tropas, pues de lo contrario todo quedaría en poder del enemigo. Sin embargo, hijo de un padre que había tenido diez y ocho, Carnot estaba destinado á la iglesia, pero mientras oficialmente estudiaba teología privadamente, estudiaba arte militar. Fué, pues, preciso, satisfacer su pasión y entró en la escuela de inge-